

Mesa de debate

“El periodismo frente a la crisis social: cómo cubre la inseguridad y la delincuencia”

PANELISTAS: **Stella Martini**, profesora de la UBA y coautora del libro *Calidad Periodística*; **Mariano Saravia**, redactor de *La Voz del Interior* y autor de distintos libros de investigación; y **Gonzalo Martínez**, presidente de la Asociación de Reporteros Gráficos de la República Argentina (ARGRA).

MODERADOR: **Isidoro Gilbert**, ex corresponsal de la agencia TASS, y de más de 15 publicaciones entre Europa y América latina, y actual editor de Sudamericana.

Isidoro Gilbert

Buenas tardes, el tema de la mesa “el periodismo frente a la crisis social” vendría a ser una continuación, en un sentido, con lo que hemos escuchado antes. Y creo que es el gran desafío del periodismo, no sólo argentino, de cómo se enfoca este tema. Es casi un lugar común que los encuestólogos digan que la inseguridad es el tema que más preocupa a los argentinos. Y en la reciente compulsión electoral esto se vivió bastante como determinante de cómo actuaría el electorado que luego se verificó que algunos de estos parámetros, cuando fueron a los hechos concretos, las voces, la dureza en cómo enfocar este tema sufrieron un traspie fenomenal. De todas maneras, yo quiero decir con franqueza que uno se siente muy enojado con el periodismo por como enfoca estos temas, especialmente la televisión, que a veces es como si uno prende y sale un chorro de sangre que nos baña a todos. Y bueno, es una cuestión que, fuera del contexto o mirado aisladamente, se convierte en una retahíla, en una seguidilla de violencia, de crímenes, de morbo que no ayuda a la comprensión y hasta yo diría que es un agente adicional a la inseguridad la manera en que algunos medios tratan el tema, sobre todo los medios audiovisuales. Pero en fin, acá están convocados especialistas o gente que está preocupada por este tema: Stella Martini, profesora de la Universidad de Buenos Aires y coautora del libro *Calidad Periodística*; Mariano Saravia, redactor de *La Voz del Interior* y autor de distintos libros de investigación; y Gonzalo Martínez, Presidente de la Asociación de Reporteros Gráficos de la República Argentina.

Stella Martini

Voy a hablar sobre la cobertura que los medios hacen sobre el delito y la denominada “problemática de la inseguridad”. Y hago el contexto. Trabajo en la universidad y dirijo un equipo de investigación numeroso donde hay egresados de Comunicación, pero también periodistas, y estudiamos los modos en que se comunica el delito en las instituciones, en la voz de la sociedad civil, con organización *ad hoc*, en los medios y la opinión del periodismo al respecto. Es un trabajo conjunto, articulando a los diferentes actores de la sociedad, y parte de lo que yo pueda decir en realidad está atravesado por la opinión de muchos.

Alicia Cytrynblum se preguntaba en una mesa anterior cómo medir la calidad. Y a mí se me ocurre tirar una posibilidad: abordar esa calidad en relación con la información, tal como la consideraba Herbert Schiller, la información socialmente necesaria. Esto es, qué necesita la sociedad argentina de sus medios de comunicación, por ejemplo, en el caso de la problemática puntual del delito, que se suele condensar en una sección que se llama “Policiales”, tanto en la televisión como en los diarios y las revistas, en los *blogs* y en las versiones *on line* del periodismo digital. En algunos casos se lo llama simplemente “Información General”, la sección que es como una gran “bolsa”, donde se incluyen las noticias sobre la sociedad. Pero esto que aparece en ese lugar, sin embargo, como planteaba Isidoro recién, forma parte de un valor en juego, un capital en juego en el mercado de la comunicación política, en el mercado de la gobernabilidad, porque lo cierto es que los medios aparecen casi como gestores de gobernabilidad a partir de la cobertura de muchas problemáticas. El delito y sus efectos sobre la vida cotidiana y la capacidad de elaboración de políticas públicas aparecen como una problemática más flexible para discutir la calidad periodística, porque refiere a una agenda densa.

Y si por ejemplo, nos remontamos a la historia de la noticia policial en nuestro país, ya en la década de 1920, en el diario de Botana, *Crítica*, los periodistas no sólo investigaban y escribían las noticias policiales, sino también producían hechos, actuaban en la vía pública, hacían una especie de *performance* que luego trasladaban a las páginas del diario para criticar el gobierno de Irigoyen: se juntaban una noche en una esquina de un barrio apartado de Buenos Aires con cámara de fotos, simulaban el ataque a una mujer que iba sola, le sacaban la cartera, lo fotografiaban. Después se disculpaban, la invitaban al diario y publicaban al otro día “está visto que en Buenos Aires se puede robar impunemente”. Esto era algo que aparecía en los veinte y sin embargo no tenemos registros históricos de que la ciudad viviera movilizadada por “olas” de inseguridad.

Si buscamos, en los diarios *Clarín*, *La Nación* de hace 40 o 50 años atrás, vamos a ver que las noticias sobre el delito ocupaban un espacio mínimo, poquísimos centímetros. En algunos diarios estaban junto con las noticias de moda, las gremiales o las meteorológicas. Ahora es diferente. Obviamente, los índices oficiales dicen que entre 1991 y 2001, que es cuando se empiezan a medir los índices de delito, el delito subió casi un 300% en la Argentina. Y especialmente en la ciudad de Buenos Aires, el

Gran Buenos Aires y en Mendoza. Entonces parece natural que haya una sobrerrepresentación del delito en los medios.

Nosotros hicimos con nuestro equipo de investigación una encuesta hace dos años, en la ciudad de Buenos Aires, con 400 casos, que coincidía en mucho con los registros oficiales del año anterior de la Dirección Nacional de Política Criminal (Ministerio de Justicia y Seguridad de la Nación), y con algunos sondeos realizados por grandes encuestadoras. Entre los resultados identificamos que el 75% de los encuestados no había sido víctima ni él ni sus familiares o amigos de un delito en 2005, pero más de la mitad de ellos decían sentirse inseguros y que su barrio era inseguro, a pesar de que no podían afirmar que en su cuadra o en la zona de su ámbito cercano hubiera habido algún delito notable.

Cuando les preguntamos cómo se enteraban de los hechos delictivos, el 99% dijo que por los medios, fundamentalmente por la televisión y, en segundo lugar, casi parejo, por los diarios y la radio. Entonces me parece que por ahí pasa este tema de la responsabilidad social que tiene que ver con la calidad. No voy a hacer un juicio de valor sobre cómo cubren los medios el tema, ni voy a decir qué tienen que hacer los periodistas, tengo un enorme respeto por los colegas de prensa con quienes trabajo. Pero voy a reflexionar y a preguntarme qué es lo que pasa con este producto que en realidad creo que cae bajo los tiempos de las rutinas productivas, se incorporan a las rutinas sin más. En esta mesa se dijo que, en lo que hace a la agenda del medio ambiente, se cubren las catástrofes y no ciertos descubrimientos, como puede ser "tenemos una costa menos contaminada", lo que aporta a un menor conocimiento del problema en la sociedad.

Y el delito ha sido instalado como una agenda obligada de la prensa occidental. Ya desde que aparece la prensa popular moderna a fines del siglo XIX principios del siglo XX, la noticia policial es la estrella de esa prensa popular y desde ese momento la prensa popular instala esa condición de seguridad, sobre todo la de los sectores populares medio-bajos como condición o variable de la vida cotidiana.

Esta agenda, que antes pertenecía al espacio de la prensa popular, en los últimos diez años ha saltado a la televisión en general y a los diarios de referencia, como pueden ser *Clarín* y *La Nación*. Esto por supuesto tiene que ver con que el delito ha tomado muchas geografías y que además tiene, como se indicaba en la información sobre una encuesta que se publicó esta semana, mayor nivel de violencia en la comisión de los delitos. Sin embargo, el modo en que aparece construido en los medios cada uno de los hechos policiales ofrece una representación alarmante, son crónicas de un país alterado; un país donde casi no habría nada más que el delito y en este momento en la televisión enfatizan que la primera medida, la agenda urgente de la que tendrá que ocuparse Cristina Fernández cuando asuma, es el tema de la inseguridad. Con lo cual dejamos de lado los indicadores que aparecían en el trabajo que presentaron las investigadoras de la Fundación Konrad Adenauer, o los indicadores que daba Alicia del Observatorio de Periodismo Social, la problemática de la minoridad en riesgo, la problemática del trabajo, del hambre. Lo cual no quiere decir que tengamos que descuidar la problemática de la violencia delictiva, pero lo que sí sucede es que la

noticia policial todavía tiene la misma característica que tenía los orígenes de la prensa en el siglo XX en la Argentina: es una noticia fácilmente espectacular que puede no tener fuentes concretas y se puede ficcionalizar, porque así consta en la historia del género policial en la prensa popular.

Por ejemplo, sobre María Marta García Belsunce, sobre Nora Dalmasso, sobre la odontóloga asesinada este fin de semana, se han reconstruido supuestos hechos desde especulaciones que se publicaron como sus historias de vida y, probablemente, gran parte de ellas sean inexactas. Se dan cuatro o cinco datos que nos arman un estereotipo. Esto es propio de la noticia policial y creo que el público la consume con esta certeza. Hay una complicidad de “cuéntenme la historia de la manera más entretenida posible”. Sin embargo, lo que importa es: hubo un asesinato. ¿Cuál es el interés público en él?, ¿cómo actúa la justicia?, ¿qué pasa con las penas y los castigos?, ¿qué con nuestro sistema penal?, ¿cómo se ubica ese hecho privado en el conjunto de las problemáticas sociales?

Entonces es evidente que en este tipo de noticias, como en todas, hay un tema de responsabilidad social: observamos que hay series y agendas donde el delito que realmente es causa de inseguridad e intranquilidad como puede ser un asalto, un asalto violento, un asalto con toma de rehenes, un robo de autos en la vía pública, violaciones, se junta con los crímenes pasionales, que son crímenes privados. Esto es, ni el homicidio de García Belsunce, Dalmasso o la odontóloga pueden ser motivo de aumento de la percepción de inseguridad.

Puede ser un índice de violencia social, de una violencia doméstica que se va multiplicando, pero lo que pasa es que el alto sensacionalismo con el que aparece planteada la información policial y su aparición en los primeros momentos de los noticieros a la mañana: “Esto es lo que usted tiene que saber antes de salir de su casa”, el lugar predominante de tapa, la reiteración de los hechos de sangre, a lo que llevan es a instalar un contexto para leer la información que realmente es socialmente necesaria. El contexto reúne problemas como la catástrofe del medio ambiente, la catástrofe natural, los conflictos internacionales y en el medio se ubican los conflictos gremiales y políticos, los crímenes pasionales con los crímenes que son realmente los crímenes del azar, los siniestros. ¿Qué información recibe el público?

En esa necesidad de calidad, de responsabilidad social, habría que recordar, por un lado, que el público tiene una madurez cívica, que los medios no manipulan sino que en todo caso enfatizan y aportan a la construcción de la opinión pública, pero que tienen mucha fuerza porque están omnipresentes para construir imágenes y para leer la vida cotidiana, y que realmente en esa imagen de vida cotidiana habría que recordar que la ley está puesta para ordenar relaciones desordenadas. Es decir, que el delito o las faltas son previas a la institución de la ley, que no existe, nunca existió una comunidad sobre la Tierra que fuera una comunidad armónica. La desarmonía es normal; la anormalidad sería la armonía. El delito es un problema grave, pero si la noticia sobre hechos delictivos se difunde como una irrupción espectacular, no aporta a la calidad informativa que merece y necesita la ciudadanía.

Mariano Saravia

Yo me voy a referir más al informe de la Fundación Konrad Adenauer sin conocer los datos. He preparado algo parecido porque realmente es sorprendente que de 2.000 noticias analizadas solamente el 0,70% nombre la pobreza. Desde ese punto de vista voy a abordar el tema, y con dos salvedades primeras. Como viene de autocrítica la cosa, todo el día ha sido así, partiendo de la base de que no hace falta que lo expliquemos mucho que no creo en la objetividad, menos en ciencias sociales, menos en periodismo, pero sí como dice Oscar Raúl Cardoso, siendo lo más fiel posible al principio de verosimilitud. Somos personas que tratamos de armar un rompecabezas y acercarnos lo más posible a la verdad, por lo menos a nuestra verdad y lo bueno es que empieza a haber distintas verdades, distintas opiniones, distintas visiones, como dijo al abrir el congreso Pablo Mendeleovich, de confrontar visiones de la realidad.

Me parece a mí que el objetivo que deberían tener los medios es buscar la verdad o ese acercamiento a la verdad y difundirlo, pero me parece que en realidad no pasa eso. Hoy, los medios de comunicación, el objetivo principal que tienen es entretener. Entretener de dos maneras: o con información o con diversión. Eso me parece que lo dejó muy en claro el año pasado en el congreso de ética Paco Mármol cuando cuando habló de que el periodismo en televisión es primero televisión y después periodismo.

Me parece que es tan concatenado el tema de la diversión y de la información cómo se pasa de uno a otro en los medios de comunicación, incluso en los diarios, no solamente en la televisión. La diversión históricamente ha tratado de asemejarse a la realidad, desde la tragedia, la comedia griega pasando por el teatro de Shakespeare, la ópera, el cine y la televisión en el siglo XX. Ahora los *reality shows* y los jueguitos y "Second life" en Internet y todo lo que busquemos.

Y lo que más se acerca paradójicamente a la realidad me parece hoy son los reality shows. No son una cosa tan irreal como nos parece por ahí, con un análisis superficial. Tanto "Gran Hermano", como Tinelli, como incluso el "Gen argentino" son lo más parecido a la realidad. Exactamente reproducen el sistema en el cual vivimos y reproducen lo que le está pasando a la persona común, al ciudadano común y sobre todo al trabajador. Eso de estar en una casa y estar permanentemente nominados para abandonar la casa le pasa al trabajador que vive con la espada de Damocles sobre la cabeza de que en cualquier momento se queda sin trabajo y pasa a ser un don nadie, pasa a perder hasta la identidad, porque un trabajador sin trabajo no es nada. Y entonces cuando se va de esa casa, que es la sociedad, pasa a ser un marginado, un desocupado, encima ante la indiferencia de la casa y ante la indiferencia sobre todo de los medios de comunicación; lo único que le queda es el conflicto. El trabajador normalmente tiene como arma la huelga. El desocupado tiene como arma transformarse en un piquetero, cortar rutas, quemar gomas y hacer lío, y si hay mucho lío mejor, porque ahí recién entonces los medios de comunicación nos acercamos. Como ya se ha dicho acá, cuando hay lío, conflicto y si hay violencia, mejor, y si hay muertos mejor, recién ahí nos damos cuenta de que hay un problema.

Pero lamentablemente ni siquiera lo abordamos en su complejidad el problema y nos quedamos solamente otra vez con mostrar algo y no analizarlo. Como si fuera parte de ese espectáculo, como si en algún punto se entrelazan la diversión y la información. Siempre para entretener al público, al lector o al televidente. Y nunca analizamos los orígenes del problema, nos quedamos con las conclusiones y no buscamos explicaciones. Me parece que no estamos buscando las explicaciones de los problemas, de los conflictos sociales, de la delincuencia, etc. No buscamos los efectos, nos quedamos con las causas nada más. Y ahí otra vez recordemos la famosa frase de Paco Mármol, que el periodismo en televisión es primero televisión.

El hambre, la pobreza no están en los medios, no hablamos de esos temas. Como dice Jorge Halperín, quizás porque no nos gusta hablar de los pobres, porque a lo mejor periodistas y público compartimos la clase media, compartimos orígenes, educación, prejuicios, visiones del mundo y no nos gusta, menos que menos en esta época de reactivación económica, con dos manguitos en el bolsillo, no nos gusta ver que sigue habiendo pobreza y desigualdad, a lo mejor la pobreza ha disminuido un poco, es verdad, el desempleo también, pero ayer hablaba con José Bengoa, un escritor y politólogo chileno, y que me decía que el problema por ahí no es la pobreza sino la desigualdad.

Y la desigualdad en Latinoamérica se está acrecentando; la desigualdad es la que genera mucha violencia, engendra violencia. Entonces, si no hablamos de pobres, si no hablamos de hambre, si no hablamos de falta de educación, ¿de qué hablamos? De inseguridad. Otra vez quedándonos con las consecuencias y no con las causas. Y entre otras cosas, no solamente desde el punto de vista del espectáculo, de entretener al público, sino también como decía Estela, porque construimos una realidad, construimos herramientas que terminan siendo herramientas políticas también.

No nos hagamos los desentendidos los periodistas. Entonces la clase media y la clase altas tienen un problema hoy. Es verdad que hay inseguridad y esas clases quieren caminar. El otro día lo decía Nicolás Casullo en un programa de Joaquín Morales Solá, que el señor de clase media quiere que su hija camine tranquila por la calle hoy, no dentro de diez años cuando solucionemos los problemas de educación y de hambre. Quiere hoy.

¿Cuál es la solución para resolverlo hoy? Lo que decía Stella Martini: más Policía en la calle, tratar el tema como un problema policial y no social. Entonces no solamente Cristina tiene esa agenda para cuando asuma. Ya Scioli anunció que su primera medida va a ser trasladar a los detenidos de las comisarías a las cárceles para que los policías queden liberados para salir a la calle. Estamos tratando el tema como un problema policial y no social.

Ya lo dice Leonardo Boff tomando aquel concepto de Samuel Huntington de choque de civilizaciones; dice Boff que el verdadero choque de civilizaciones se va a dar y ya se está dando al seno propio de la sociedad, dentro de las mismas sociedades. Y lo estamos viendo en Brasil principalmente con la militarización de las favelas, lo que está pasando en San Pablo, la guerra que hay entre el Primeiro Comando da Capital (PCC) y el Estado. Y en el medio, la gente, en el medio el marginado, el ciudadano y

sobre todo el pobre, que por un lado tiene al Estado que lo ataca en vez de defenderlo y por otro lado tiene las bandas de narcotraficantes, de ladrones, de delincuentes, bandas organizadas, profesionales que lejos de rescatarlo, a lo mejor con rebeldía incluso, lo degrada cada vez más, le da métodos para que se siga degradando a sí mismo.

Yo les leo rápidamente: éste es un libro que acaba de salir en Brasil. Incluso han hecho una película "Elite da tropa" y cuenta la historia de BOPE, que es la brigada de operaciones policiales especiales. Y las cosas que le hacen cantar en la instrucción militar a los policías. "Hombres de negro, cuál es nuestra misión, invadir las favelas y dejar cuerpos en el suelo. ¿Usted sabe quién soy yo? Soy un maldito perro de guerra, estoy entrenado para matar. Me voy a infiltrar en una favela y con mi fusil en la mano voy a combatir al enemigo causando destrucción". Todo así.

Esto está pasando y ya hay un sistema que surge de los Estados Unidos pero que se expande en todo el mundo, que se llama MOTE, *Military operation in urban Territory*. Es la guerra urbana que se está ya implementando sobre todo en Latinoamérica. El choque de civilizaciones es el marco, las guerras preventivas pueden también darse en este marco. Guerras preventivas podemos llegar a ver mañana en el seno de la sociedad. Bush le prometió a Saddam que vamos a volver a la época de las cavernas.

La época de las cavernas la estamos viendo en los barrios de Buenos Aires, en Mendoza, en Córdoba de donde soy yo, en todos lados. Parece que esa es la situación y para terminar tenemos que cambiar nosotros los periodistas porque incluso lo que decías vos, "información socialmente necesaria". Me gusta mucho el concepto de "derecho a la información", incluso contraponiéndolo al de "libertad de expresión". Tenemos que terminar alguna vez nosotros de creer que somos dueños de decir lo que queremos. Sí, somos dueños, pero también alguna vez pensar que la gente tiene derecho a informarse pluralmente. Y tratar de darle información ecuánime, plural, objetiva no, pero de calidad, que es de lo que se trata este congreso; democratizar la información.

Lamentablemente yo no sé si va a surgir de nosotros o de los medios. Me parece que así como el poder político cuando abusa, la reacción es la rebelión de la gente, también cuando el poder mediático se abusa, como en este caso, va a recibir como respuesta una rebelión.

Una primera muestra de eso me parece que fue lo del 11 de marzo de 2004, en el atentado de Atocha, cuando la gente con los celulares, con los *mails* y con el boca a boca se rebeló contra una mentira del poder político y del poder mediático. Me parece que ése es un germen que, ojo, si no nos democratizamos nosotros, si no buscamos más ética y más calidad nosotros, nos lo va a demandar la gente. Tenemos que empezar a buscar las causas, explicar, formar, dar lugar a distintas opiniones, sobre todo en estos temas sociales.

Gonzalo Martínez

Por último, el fotoperiodismo. Soy presidente de la Asociación de Reporteros Gráficos de la República Argentina, que nuclea a 500 reporteros a lo largo de todo el país. Soy editor del diario *Página/12* en la parte de fotografía y –lo que sí tiene que ver

con este tema— soy coordinador junto con tres reporteros gráficos más de un taller de expresión fotográfica y registro de la memoria en la Isla Maciel.

Yo voy a dividir los 10 minutos en dos partes. La primera quería decir algo más relacionado con el fotoperiodismo, porque lo otro esta tarde lo hemos hablado lo suficiente. Nuestra profesión tiene algunos problemas que los estamos replanteando. En las fotos que aparecen en los diarios y en las revistas se pone el nombre del autor perdido en un rincón junto a la imagen, pero por cuestión de ley, y a veces ni esto, nada, no hay nombre. La cultura en general no nos reconoce como autores.

El nombre de verdad es para el autor del artículo; la imagen sólo acompaña. No hay más que ver en el diario nuestro nombre chiquitito, disminuido por la tipografía al lado de la tipografía mayúscula del que escribe. Somos propietarios legales pero no tenemos un ojo propio, de autor, según lo dice la cultura general. La imagen es presentada como ilustración secundaria del texto del periodista de turno. No sólo en el diario y los medios, la mayoría piensa que los textos son mucho más importantes y complejos que la foto.

El que sabe dar forma a esa importancia y complejidad de las palabras merece ser considerado una persona aparte, reconocible. Nosotros no somos autores. La foto no deja dudas, la foto no disuelve la inmediatez. El texto por naturaleza pierde su instante con explicaciones, causas o sinónimos. La verdad es que la foto esconde al que la hace, nos esconde y esconde nuestro trabajo, nuestro ojo. Nuestras propias fotos están tan al contacto con el instante que refuerzan los prejuicios de la cultura. La cultura da valor a lo que no pierde sentido con el tiempo, los libros que duran. Da valor a cosas que considera como eternas o casi. Nosotros trabajamos con el instante.

Nuestro trabajo pareciera no registrar nada de eso. Lo mejor de nuestro trabajo nos juega en contra. En la foto la gente no ve a su autor, salvo la mamá o la tía cholula que busca esa tipografía diminuta en los diarios que envuelven huevos el día de mañana. El autor de una foto deja en ella un registro visual. Pero ese registro no ve en cada detalle. Por eso la gente ve el instante, no la eternidad. No es raro entonces que no se nos considere autores. La foto por su naturaleza refuerza los prejuicios de la cultura. No pretendemos modificar las tradiciones arraigadas de la cultura. Queremos que el instante se convierta en memoria, en historia, incluso para los que no vieron la imagen en su momento. La imagen no es sólo ese instante, es perpetuarlo.

Cuando se libera todo el poder del fotoperiodismo, la imagen aparece sin texto que decida su sentido; no ilustra. Las fotos dejan hablar también a los que aparecen en ellas, sin trabas. En las muestras de los comienzos de los años ochenta, en plena dictadura, me refiero a las muestras anuales de ARGRA, el miedo militar a todas estas características no necesitaba ser explicado. La censura había sido legal, siniestra. Un grupo de ARGRA disidente tomó la decisión muy riesgosa entonces —estamos hablando del año 81— de manifestar más fuerte que nunca todas estas libertades éticas y profesionales del fotoperiodismo a través de nuestras muestras.

Nuestra modesta intención es materializar una cultura como el elogio a la sombra y a la luz; ahora sí. Esto es un poco un llamado, que sería muy importante entablar los

vínculos y estrecharlos con el fotoperiodista. Hoy en día nosotros estamos tratando de crecer, de tener talleres, de estudiar redacción, de hacer traducciones, de meternos mucho más a fondo. Tal vez yo no soy la persona indicada; no soy el charlista del fotoperiodismo, pero sí trabajo con mucha pasión. Y esta pasión se vuelca un poco en trabajos sociales que realizamos con un grupo de cuatro fotoperiodistas desde hace aproximadamente tres años en la Isla Maciel.

Es un taller de expresión fotográfica y registro de la memoria. No es una salida laboral, es una utopía. Son chicos que conviven con las drogas, chicos que viven en un medio totalmente hostil, y plantear la fotografía como una salida laboral es una utopía, más bien trabajamos en una escuela pública. Ahora yo voy a mostrar el trabajo de esos chicos que tienen entre 12 y 16 años. A partir de los 16 años entran en estado de violencia plena, son inmanejables, pero en la etapa previa logran registrar su cotidianidad como ninguno de nosotros lo puede hacer en la Isla Maciel. Nosotros no hacemos fotos en la isla; las fotos son todas de chicos de entre 12 y 16 años.

Comentarios y preguntas

A Gonzalo Martínez: con respecto a cuando un reportero gráfico tiene que cubrir estos temas de pobreza y de violencia en particular. ¿hay momentos en los que han tenido que decidir entre bajar la cámara o sacar la foto? ¿Cuáles serían?

Gonzalo Martínez: Creo que para estos temas generalmente uno suele enviar a un fotógrafo que trata temas más bien de violencia y tratamos de no bajar la cámara nunca. La cámara puede ser sustraída más que bajada. Ya cuando estamos en el lugar, no hay otra alternativa que enfrentar. La relación es el código; hasta dónde está el límite. Cuál es la delgada línea roja que uno traspone. Ayudan muchísimo los grandes periodistas. Nosotros en *Página/12* tuvimos hasta hace poco tiempo a Cristian Alarcón, que es un periodista brillante, con el cual entrar a una villa es como entrar con un amigo. Entonces todo eso aliviana y todo eso crea un clima distinto. Uno entra con un periodista novato y corre serios riesgos.

Me parece muy oportuna la ponencia del colega reportero gráfico, porque un congreso donde pensamos en la calidad de la información, ésta no se ciñe únicamente a los textos. Las fotos –en esto quiero apoyar lo que decían– no son para ilustrar, las fotos informan. Son otro lenguaje para dar noticias. Y creo que hay alguna tendencia, salvo en los grandes medios, con muchos recursos, a una cosa muy berreta que es tomar imágenes afanadas de cualquier lugar de Internet para acompañar textos. Esto es una degradación del trabajo que deben hacer profesionales, que van al lugar, que van a la noticia, que reportan y que de esa manera le dan un aporte a la calidad de lo que estamos transmitiendo al destinatario. Y vale también para los infografistas. No poner cualquier dibujito, sino gente capacitada, que vaya al lugar, que tome medidas, que vea, que dibuje. Todo eso es información.

Este congreso se centró en los textos, en el reportero que escribe, pero ellos en esto son parte de la solución que tenemos que encontrar para ganar en calidad de los medios.

Isidoro Gilbert: Antes de terminar yo quería agregar algo, Stella Martini, a propósito de la información socialmente necesaria: de que un medio tiene un poder de arbitrariedad en la selección de la información, por razones obvias, a veces por la cantidad de información. Pero el concepto a veces puede traer a confusión porque quién es el que arbitra qué va y qué no va. Y bueno, esto ocurre cotidianamente cuando la mesa se reúne y elige la agenda y en la agenda quedan varias veces muchos problemas fuera de control, sobre todo cuando se trata de política internacional, por caso, pero también en política nacional, en cuanto a qué se prioriza. Sin nombrar medios, los otros días la Justicia determinó que se iba a juicio oral el caso del Plan Cóndor; yo los invito a que cada uno vea cómo se reflejó en los medios una noticia tan importante como ésa.